

# EL MULÁ NASRUDDIN

## Y

### GEORGE W. BUSH

El Mulá Nasruddin es quizás la figura histórica más divertida, admirada y conocida entre los musulmanes de casi todo el mundo. A caballo entre la leyenda y la realidad, se cree que el mulá vivió entre los siglos XII y XIII, aunque no se sabe muy bien dónde. Afganistán, Turquía e Irán se disputan la nacionalidad del sabio sufí y la ubicación de su tumba. Nasruddin es el protagonista de cientos de fábulas y cuentos que se transmiten de boca en boca, de padres a hijos, de generación en generación. Son historias cortas, sencillas y sorprendentes. Unas veces el personaje vence a sus oponentes a fuerza de ingenio y sabiduría, otras es el tonto que cae presa de sus propias confabulaciones. Sus aventuras ponen de relieve la ambigüedad de la naturaleza humana, son una crítica mordaz de las costumbres y contradicciones de la sociedad y siempre encapsulan una enseñanza o una moraleja.

Las autoridades de la ciudad donde vivía el Mulá Nasruddin declararon el toque de queda para hacer frente a la creciente inseguridad en las calles. A partir de las ocho de la noche, todos los habitantes debían encerrarse en casa y permanecer en ella hasta el amanecer. Por aquel entonces, el mulá trabajaba como soldado del ejército del gobernador de la provincia. Una tarde, a él y a su compañero les asignaron el puesto de guardia de la entrada de la población, junto al camino principal. A esas horas, la mayor parte de transeúntes eran hombres a pie o en burro que regresaban de sus huertas a orillas del río, con los aperos de labranza al hombro y las alforjas llenas de zanahorias y cebollas. De pronto, el Mulá Nasruddin alzó su arma reglamentaria y disparó contra un campesino que acaba de cruzar la barrera militar.

—Pero, ¿qué haces? —le preguntó atónito su colega—. ¿Por qué has disparado a ese hombre? Aún no es la hora del toque de queda. Son sólo las siete y media.

—Porque le conozco bien. Es mi vecino. Vive en el otro extremo de la ciudad y es imposible que llegue a su casa antes de las ocho.

El Mulá Nasruddin había llevado a cabo un ataque preventivo, si bien en su época todavía no se llamaba así. Con su proceder, el héroe popular castigó un crimen que aún no se había producido basándose en una conjetura no demostrada. El relato del ingenuo mulá soldado advierte a niños y mayores sobre los peligros de juzgar precipitadamente los hechos y tomar la justicia en nuestras manos. Casi con toda seguridad, la desgraciada víctima pensaba pasar la noche en casa de uno de sus numerosos hijos a cinco minutos de la garita de control.

Se sabe a ciencia cierta que George W. Bush no es un personaje de ficción, aunque también forme parte de muchas historias surrealistas llenas de carga moral. Nació en el seno de una rica familia estadounidense. Fue un joven rebelde con un gran don de gentes. Gamberro, juerguista, vivía en un garaje y se paseaba al volante de un descapotable destartado al tiempo que estudiaba sin destacar en las mejores universidades. Tuvo problemas con las drogas y se enganchó al alcohol. Probó fortuna en el petróleo, donde se alió con empresas de la familia Bin Laden, y el béisbol, su gran pasión. Tras sus fracasos empresariales cambió el whisky por Jesucristo y entró en política ayudando a su padre en la campaña presidencial y en el escándalo Irán-Contra.

Más tarde, se sumergió en su propia carrera como gobernador de Texas y corrió hasta llegar a Washington. En su controvertida vida pública destacan sus vinculaciones con la National Rifle Association, la limitación de los derechos de los condenados a muerte, su obsesión contra el aborto, el uso de información privilegiada para vender acciones días antes de la Guerra del Golfo declarada por su progenitor y sus leyes a favor de las grandes corporaciones empresariales que financian su partido. Todo envuelto en un piadoso programa político llamado Compassionate Conservatism.

Los libros de historia no registran ningún encuentro entre el Mulá Nasruddin y los antepasados de George Bush. Tampoco existen pruebas de que el habitante de la Casa Blanca haya oído hablar jamás de las desventuras del famoso místico islámico. Sin embargo, ochos siglos más tarde, el presidente del país más poderoso de la Tierra ha tenido una idea parecida al ver pasar a Sadam Husein por su puesto de guardia: la guerra preventiva.

El recién estrenado credo político, conocido ya como la Doctrina Bush, permite a los estados agredirse unos a otros para impedir ataques hipotéticos. “Si esperamos a que las amenazas se conviertan en realidad será demasiado tarde. El único camino hacia la seguridad es el camino de la acción. Y actuaremos.”, revela el profeta de la nueva secta.

Lástima que las acciones militares preventivas estén proscritas por el derecho internacional que regula la convivencia entre naciones. De hecho, la guerra es ilegal y está expresamente prohibida por el Artículo 2 (Capítulo I) de la Carta de la ONU:

Los miembros de la Organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o en cualquier otra forma incompatible con los Propósitos de las Naciones Unidas.

Dicha Carta, ratificada por 189 países del planeta, fue en gran parte redactada por EEUU en 1945, precisamente para preservar la paz mundial y evitar la violencia como medio de resolver las disputas. Sólo existen dos posibilidades para llevar a cabo una guerra legal. La primera es con la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU en aplicación del Artículo 42 (Capítulo VII), que prevé el uso de la fuerza cuando hay una amenaza o un quebrantamiento de la estabilidad y la paz internacionales. Bajo este precepto el Consejo aprobó, entre otras, las operaciones en Corea, Somalia, los Balcanes y Ruanda. La segunda opción habilita la utilización de las armas cuando se cumplen los requisitos del Artículo 51 (Capítulo VII), que faculta a un estado miembro a responder en legítima defensa de forma unilateral en caso de ser atacado por otro país.

Estados Unidos y sus aliados anuncian que no dudarán en emprender una acción unilateral contra Irak para eliminar sus armas de destrucción masiva y acabar con el régimen de Sadam Husein. Pero Irak no ha invadido, ni siquiera ha amenazado con agredir, EEUU o Gran Bretaña. En estas condiciones, una guerra contra Bagdad sería una descarada violación del derecho internacional que tanto elogian los mandatarios occidentales. Guste o no guste a Bush y Blair, es ilegal bombardear un estado sólo porque tenga armas de destrucción masiva, porque el gobernante sea un dictador, porque en su territorio vivan terroristas, o porque el líder nacional sea la misma encarnación del diablo. De hecho, es EEUU quién proclama a diario que va a atacar Irak y no deja de acumular tropas, portaaviones y tanques en los países vecinos, obvia

declaración de intenciones. Con la ley en la mano, es Bagdad el que está en todo su derecho a usar la fuerza para defenderse de la flagrante amenaza estadounidense.

La Casa Blanca explota el miedo creado a raíz del 11 de Septiembre de 2001 para justificar en el plano moral una guerra injustificable en el terreno legal. La Doctrina Bush persigue una ampliación no escrita y no consensuada del Artículo 51, con el fin de legitimar la ocupación de cualquier territorio no en repuesta a una agresión inminente, sino para prevenir teóricos ataques de enemigos potenciales. Es una idea paranoica y peligrosa, un callejón sin salida: nuestra propia acción elimina un delito inexistente que se supone queremos castigar antes de que ocurra y, de este modo, es imposible saber si hemos actuado bien o hemos cometido un error. Es la antidemocracia personificada, una puerta abierta a la arbitrariedad y al despotismo.

Bush no lo sabe, pero algunos de sus asesores sí saben que semejante incongruencia argumental hace aguas por todas partes. Nadie está en posesión de la verdad ni es capaz de predecir el futuro. Que Sadam Husein tenga armas de destrucción masiva no quiere decir que vaya a utilizarlas, o tal vez sí, pero tendrá que hacerlo o amenazar con ello para ser juzgado y, de momento, no lo ha hecho. Estados Unidos sí ha puesto sobre la mesa la opción nuclear si Bagdad se resiste (a lo cual tiene derecho si es agredido). Para barnizar de legalidad el ataque preventivo unilateral, Washington y Londres se desgañitan intentando ligar Al Qaeda con Irak. Ello les permitiría considerar que Bagdad intervino en los atentados del 11-S y que por lo tanto atacó suelo estadounidense. En consecuencia, el Pentágono podría responder en legítima defensa y borrar del mapa al adversario. Pero todo los intentos, y son muchos, de establecer tal relación no sólo han fracasado sino que han alcanzado niveles grotescos. Jack Straw, Secretario británico de Asuntos Exteriores, reconoce a la prensa que no han descubierto una vinculación directa entre Al Qaeda y Bagdad, pero asegura que es innegable que las 'condiciones' en Irak podrían haber sido propicias para el desarrollo de grupos terroristas como Al Qaeda y ello debe preocuparnos. Dejando a un lado las piruetas oratorias de mister Straw para decir que existe lo que no existe, el Secretario no parece darse cuenta de que tal afirmación es aplicable a un puñado países. Mientras que nadie ha demostrado todavía que Al Qaeda tuviera operativos en Irak, está más que claro que sí los tenía en España, Italia, Alemania, Inglaterra y, sobre todo, EEUU, donde las 'condiciones' eran tan favorables para los terroristas que incluso obtuvieron visados y lecciones de vuelo. ¿A quién atacamos primero pues?

Hecho que nos lleva al polémico tema de los dobles estándares, que carecen de peso legal pero son útiles a la hora de resaltar las desigualdades del sistema. Sadam Husein es un opresor que viola los derechos humanos sin contemplación alguna. Utilizó armas químicas contra la minoría kurda de su país, invadió Kuwait, ignora numerosas resoluciones de la ONU y quizás tenga armas de destrucción masiva escondidas en alguna parte. Hay docenas de tiranías en el mundo que torturan y asesinan a sus ciudadanos sin que por ello amenacemos con bombardearlas. Estados Unidos apoyó o apoya a un buen número de ellas: las antiguas dictaduras militares latinoamericanas, las familias reales del Golfo Pérsico, Franco, Suharto, Ferdinand Marcos, Mobutu Sese Seko y Sadam Husein, hasta que ocupó Kuwait. Es cierto que éste último gaseó a los kurdos, con el silencio aprobatorio del aliado norteamericano. Turquía también ha exterminado a miles de kurdos con armamento Made in USA. Irak atacó a un país vecino y pagó por ello, EEUU ha invadido Vietnam, Camboya, Panamá y Granada. La Sudáfrica del apartheid quebrantó Resoluciones de la ONU durante décadas. India y

Pakistán hacen oídos sordos a todas las resoluciones con respecto a sus programas nucleares y al conflicto de Cachemira. Israel ha incumplido 70 resoluciones desde su creación en 1948 y nadie parece dispuesto a lanzar un ataque preventivo. Para acabar, muchos países tienen armas de destrucción masiva, arsenal nuclear incluido: Pakistán, Israel, China, India, Francia, Rusia, Gran Bretaña y, por supuesto, EEUU, el único que ha utilizado la bomba atómica y lo hizo contra la población civil.

Un ejemplo reciente, y uno de los más escandalosos, de doble estándar nos lo proporciona Corea del Norte. He aquí un régimen despótico e imprevisible que declara estar en su perfecto derecho a fabricar armas nucleares; expulsa a los inspectores de la ONU; reactiva sus centrales transgrediendo un acuerdo firmado en 1994; se desdice del Tratado de No Proliferación; avisa que considerará cualquier sanción como una declaración de guerra; desvela que tiene misiles capaces de alcanzar objetivos estadounidenses en cualquier punto del planeta; y prepara un ataque preventivo contra Corea del Sur si el Pentágono aumenta el número de tropas estacionadas en la península. Y he aquí que la Casa Blanca concluye que la situación en Corea del Norte ni es una crisis, ni constituye una amenaza. Al contrario, Colin Powell propone buscar una solución dialogada y pacífica y se muestra dispuesto a reiniciar los envíos de combustible. La lección que debe aprender Sadam Husein la resumí en pocas palabras Mohamed El Baradei, Director General de la Agencia Internacional de Energía Atómica: “EEUU parece decirle al mundo que si realmente quieres defenderte lo mejor es que fabriques armas nucleares, porque entonces negocian contigo en lugar de atacarte”.

La actitud desafiante de Pyongyang es una de las primeras consecuencias que pone de relieve los graves peligros que entraña la Doctrina Bush sobre ataques preventivos. Otros países reclaman ahora el mismo derecho que EEUU a bombardear al vecino para combatir una simple sospecha. Corea del Norte considera un ataque preventivo contra Corea del Sur; Japón planea un ataque preventivo contra Corea del Norte si ésta lanza un ataque preventivo contra Corea del Sur; EEUU advierte que castigará con un ataque preventivo a todos los que amenacen con ataques preventivos. En pocos meses, los alquimistas de la violencia, ataviados de expertos en la prevención de conflictos, han logrado desarrollar la Doctrina Bush Versión 2.0: el ataque preventivo para prevenir un ataque preventivo. ¿Dónde está el final?

En algún punto de la enajenación general, de la pérdida de razón colectiva que parece afectar a un buen número de representantes de la clase política, la Casa Blanca tendrá que comenzar a decir la verdad. Porque lo preocupante del discurso occidental no es lo que Bush, Rumsfeld y Powell dicen, sino lo que no dicen. Lo que no nos cuentan es que sólo hay que acabar con las armas de destrucción masiva de los demás, pero que ellos seguirán investigando nuevas formas de matar, fabricando y vendiendo violencia a quienes les convenga. Lo que no nos explican es que son los otros estados los que deben cumplir las resoluciones internacionales, excepto ellos y sus amigos que podrán burlar la ley cuando les plazca. Lo que no nos comentan es que la Doctrina Bush sólo se aplica a EEUU, nadie más tiene derecho a llevar a cabo ataques preventivos sin su permiso. Lo que no nos aclaran es que van a gobernar la Tierra gracias a una supremacía militar que usarán a placer para garantizar que ningún otro poder emerja y les haga sombra. Washington nunca se atrevió a derrochar tanta arrogancia durante la Guerra Fría. Con la estrategia de contención, EEUU sobrevivió 40 años sin enfrentarse un enemigo soviético que tenía miles de cabezas nucleares apuntando a su territorio. Ahora está

dispuesto a ir a la guerra contra un país con un presupuesto de defensa 100 veces inferior al suyo porque tal vez posea armas de destrucción masiva. La administración norteamericana persigue imponer el doble estándar por excelencia: Estados Unidos y el resto. En otras palabras, estamos en los albores de una nueva era imperial.

Mientras el poder absoluto se materializa, EEUU y Gran Bretaña prefieren una guerra legal y para ello necesitan la autorización del Consejo de Seguridad. Cualquier acción militar aprobada por el Consejo de Seguridad será lícita por muy imprudente, temeraria o inmoral que esa decisión pueda parecernos. La situación de la ONU es muy delicada. No existen precedentes a los que aferrarse. El Consejo de Seguridad nunca ha consentido el uso de la fuerza para combatir una amenaza hipotética y no inminente. Todas las operaciones previas fueron decretadas en respuesta a invasiones materiales, violencia generalizada o crisis humanitarias descomunales. Bush, Blair, y sus acólitos Aznar y Berlusconi, juegan con fuego. Dicen estar preocupados por el futuro de la ONU y ponen una presión enorme sobre sus miembros. Advierten que si éstos no aprueban un ataque preventivo contra Irak la institución de las Naciones Unidas perderá toda credibilidad y será irrelevante. Nos engañan. Los políticos del ‘Eje de Bush’ le están pidiendo a la ONU que cometa un suicidio y legitime una operación que viola su propia Carta de principios. Eso sí que acabaría con su credibilidad y con la de todo el derecho internacional. Y dejaría vía libre a la nueva Roma. Por el contrario, si el Consejo de Seguridad se niega a sancionar esta guerra y obliga a Bush y los suyos a infringir la Carta de las Naciones Unidas que tanto aseguran defender, entonces la organización saldrá reforzada a los ojos de la abrumadora mayoría que se opone a esta locura militar. Llegados a este punto, quizás los irrelevantes serán los políticos que nos tratan como si fuéramos estúpidos y gobiernan contra la voluntad del electorado que les dio el poder.

La guerra contra Irak es, con toda probabilidad, el conflicto más premeditado y anunciado de la historia. Es un delirio bélico que introduce la arbitrariedad y la injusticia del ataque preventivo, una seria amenaza al orden mundial y a todo el sistema de derecho que la comunidad internacional ha construido sobre las cenizas de los desplazamientos, matanzas y genocidios que azotaron el siglo XX. Tony Blair, desesperado ante la falta de apoyo a la ofensiva armada entre sus votantes y colegas de partido, pierde los papeles y proclama que librar al mundo de Sadam Husein es un acto de humanidad. O sea que ya no es una cuestión de armas de destrucción masiva, ni de lucha global contra el terrorismo, ni de control de recursos petrolíferos. Ahora es una cuestión de humanidad. ¿Desde cuándo bombardear un país y amenazarle con un misil nuclear es un acto de humanidad? Si acorralamos a Sadam Husein hasta que no tenga nada que perder, el conflicto contra Irak nos llevará al uso de las armas letales cuya simple posesión esta guerra pretende prevenir. Señor Blair, puestos a hablar de actos de humanidad, hay una solución para acabar con las armas de destrucción masiva: prohibirlas.

¿Qué nos depara el mañana?

Un día, el Mulá Nasruddin se dirigía al mercado a lomos de su burro cuando algo en el camino asustó al animal. Presa del pánico, la bestia echó a correr desbocada. Al pasar junto a un grupo de vecinos que faenaban en los campos de trigo éstos le gritaron extrañados:

—¿Adónde vas tan deprisa Mulá Nasruddin?

—No lo sé —respondió el mulá con voz atolondrada—. No me preguntéis a mí, preguntadle al burro.

Jordi Raich  
Escritor y consultor humanitario

Marzo 2003  
Dushanbé, Tayikistán